



COLON

..♦♦..

ODA PREMIADA EN EL CERTAMEN UNIVERSITARIO ABIERTO PARA
CELEBRAR EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

AL SEÑOR DON JOSÉ P. DE OSMA

CONDE DE VISTA FLORIDA

I

Cuando derrama el sol en la llanura
su fecundante lumbre,
ha iluminado ya con su luz pura
las rocas mas nevadas de la cumbre:
confidentes adustas de los cielos,
aunque el rayo las hiere
i el huracan tremendo las azota,

saben que nunca muere
el rico manantial que de ellas brota
i se desliza por la agreste falda
para ir a derramar en la pradera,
llevando el arco íris en su espalda,
las galas de una rica primavera.

Los genios son las cumbres eminentes
del espíritu humano;
el sol de la verdad quema sus frentes
i reciben su brillo soberano,
sin miedo ni inquietudes,
mientras duermen sin luz las multitudes.
El desden o la burla los persigue;
la cárcel o el destierro los maltrata;
pero su empuje formidable sigue
sin pedir treguas a la suerte ingrata;
hasta que al fin, con fuerza jigantea,
la misteriosa idea
que en sus almas jermina
a los pueblos fascina,
i el progreso, en su eterna caravana
por los anchos dominios de la historia,
la exhibe i engalana
con el rejoy atavio de la gloria!

Himalaya empinado de esos montes
i jenio de los genios,
domina los mas amplios horizontes,
los mas vastos prosenios,
el númen de Colon: el alma humana

jamas tuvo tan altas concepciones;
i nunca inspiracion mas soberana
sobre un mortal diseminó sus dones.
Estudia el universo i, de él en nombre,
un mundo a Dios le cobra:
la creadora mano de aquel hombre
quiere agrandar del Hacedor la obra.

Ha pesado la tierra en la secreta
balanza de su espíritu potente,
i la mira incompleta,
parece que le falta un continente.
Luego aplica el oido,
con estraña atencion, a los rumores
que de un lejano mar desconocido
imagina escuchar: en los ardores
de su mente febril, ve alzarse erguida,
del inquieto oceáno entre la bruma,
la vision de una tierra que escondida
su alma contempla con delicia sumal

El mar, que de misterios se corona,
enjendrador de roncás tempestades,
talvez arrulla en apartada zona
a otros hombres i pueblos i ciudades,
con sus templos, sus dogmas i sus leyes,
con nuevos dioses i altaneros reyes.
¡Asombrosa intuicion de su destino!
Por una idea fija dominado,
siente el gran peregrino
la nostáljia del mundo que ha soñado!

II

Aunque grandioso, temerario intento
el que a Colon asedia:
no está en la plenitud de su ardimiento
el hombre al despertar de la Edad Media.
Ha vejetado en lúgubre abandono
al pié de los altares o del trono,
i al ver que el horizonte ya clarea
con el sol de la imprenta soberano,
apénas aletea,
quiere alzarse, el pensamiento humano.
¿Cómo elevarlo a la rejion sublime
que el jenio pisa sin temor ni angustia?
¿Cómo darle el vigor que no se imprime
sobre una frente mustia?

El dogma es el primero que se alarma
con la nueva doctrina;
llega en su celo a creer que se desarma,
amenazando ruina,
el viejo alcázar de su fe divina.
Pero Colon se esplica, se defiende:
ortodojo sincero,
a la Biblia no ofende
cuando habla de buscar un derrotero
a ignoradas rejiones
donde plantar la Cruz, símbolo austero
de amor, de caridad, de bendiciones.

Criado en el infortunio, esa palanca
que al corazón humano siempre mueve
i de sus fibras poderoso arranca
la experiencia que al hombre da relieve,
se apoya en Dios para afianzar su empresa
ya que su siglo solo en Él se fía,
i con los libros de Moisés, confiesa
la sublime verdad de su teoría.
Si la ciencia embrionaria
es incapaz de comprender su anhelo
i de darle la ayuda necesaria,
sabe suplir la ciencia con el cielo!

La ignorancia, montaña de granito,
lo obstruye, no lo arredra;
desde su alto sarcófago de piedra
con aterrante grito
los siglos del pasado
lo llaman temerario, iluso, loco;
pero él, con voz solemne,
solo contesta al miedo de los siglos
pidiendo a la verdad su eco perenne:
enmudeced, errores i vestiglos!

III

Lleno de inspiración guía su paso
ausiliares buscando por do quiera;
es una luz sin noche i sin ocaso
la que en aquella cima reverbera.

Ofrece un mundo a la codicia humana;
habla, convence, ruega;
su firme conviccion todo lo allana,
pero su época todo se lo niega.

Pide a los reyes, con humilde acento
i la atrevida fe que era su guia,
fuerzas para cargar su pensamiento
en una nave que lo lleve un dia
al traves de los mares
a buscar a su dulce desposada,
la vírjen de los bosques seculares,
la misteriosa Atlántida soñada.
Mas los reyes con ciega indiferencia
el gran empeño de Colon no miden,
rehusan admitirlo en su presencia
o cual a un visionario le despiden.

I se aleja sombrío, aquel anciano
que era el mas grande en el linaje humano,
sintiendo, arriba, en el cerebro ardiente,
de gran idea el infinito anhelo
i en la desnuda planta, el inclemente
aguijon del dolor i el desconsuelo.
Pero sigue en sus nobles tentativas
i persiste en su esfuerzo
por llegar al confin del universo
i encontrar a las razas primitivas.

Halla por fin en bendecida hora
una mujer que sobre el trono brilla

—la reina de las reinas de Castilla—
que en sus joyas le da cuanto atesora.
¡Oh, España! si en la frente no tuvieras,
como arenas tus playas, tanta gloria,
por ese solo rasgo merecieras
la gratitud eterna de la historia!

¡Paso al jenio, al vidente!
El mendigo de ayer ya es soberano:
el timon de un bajel está en su mano:
va a conducirlo al nuevo continente,
cual dócil lazarillo, el océano.

IV

¡A dó irán de Colon las carabelas
por un sendero ignoto?
Las brisas del misterio inflan sus velas,
pero él es el piloto
i sabe a donde va; la mar, el viento
obstáculos no son a su osadía;
en tan larga, penosa travesía
la brújula i su propio pensamiento
la van marcando la invisible vía.
Al mirarlo alejarse, nadie sabe
que ha de traer, ante la España absorta,
un mundo atado al ancla de su nave!

La costa huye tras él: dias, semanas,
tras lo desconocido va adelante.

¿Serán sus ansias ilusiones vanas?
Al ver la inmensidad sola, aterrante,
¿vencerán con su ciego desvarío,
el miedo o el hastío,
a la clara intuición del almirante?

Insensible a la duda, al desaliento,
jamás la fé del pensador se enerva:
la playa que soñó su pensamiento,
perceptible a sus ojos se conserva.
Nunca el azul profundo de los cielos
más sereno brilló que el de su mente;
ni el aquilón con sus oscuros velos
llegó a nublar de su inspirada frente
la dulce claridad: convence, exhorta
i a los más pusilánimes conforta.

Tiene que ser filósofo i marino:
estudiar en los cielos
de la nube i los astros el camino,
i en la conciencia humana,
el fúnebre trayecto
en que, al miedo cobarde, siempre abyecto,
la negra sombra del error se hermana.

Cada nueva alborada
parecía gritarle: avanza! espera!
i cada tarde, amontonando sombras:
¡vas persiguiendo, iluso, una quimera!
Pero él, ante la noche amenazante
coronada de espectros i tiniebla,

o con la aurora espléndida i brillante
que los espacios de matices puebla,
saca de su cerebro rêsplandores,
desarma la ignorancia formidable
e ilumina con vívidos fulgores
la cabeza mas ciega o mas culpable.

El mar soberbio, con su ronco grito,
taciturno guardian del gran secreto
que Colon va a robar a lo infinito,
ruje i llora a la vez: cólera i llanto
cuyo estertor oculta
el borrascoso oleaje de su manto.

V

Una noche, tras larga travesía,
interrogando al horizonte denso
creyó ver una luz que se movia
con indeciso andar: júbilo inmenso
estremeció su ser, nubló su vista;
al abarcar con deslumbrados ojos
la gran revelacion de su conquista,
las azules fronteras
que su siglo poblaba de quimeras,
ante el Supremo Ser cayó de hinojos
i tuvo esta vision:

Vastas llanuras
en donde una feraz naturaleza
oculta entre ropajes de verduras

el pudor virjinal de su belleza;
formidables colosos,
los Andes majestuosos,
ejército compacto de gigantes,
con sus altos volcanes centelleantes,
con sus nieves eternas,
sus hondos ventisqueros
i sus oscuras, lóbregas cavernas,
imponente alfabeto de granito
do el sabio deletrea
el poema que canta a lo infinito;
los caóticos bosques donde se alza,
un eden ocultando de delicias,
el árbol secular, siempre florido,
que, celoso, jamas ha permitido
del sol i de la tierra caricias;
desiertos con oásis de palmeras
que oculta nube por las noches baña;
flores hasta en las ríjidas laderas
de la erguida montaña,
que guardan en sus tímidos capullos
de las vecinas selvas los murmullos;
pájaros que en su vuelo
como la luz primaveral alumbran
cuando airosos se encumbran
hácia el azul del cielo;
luciérnagas que brillan cual diamantes
i con su luz magnética i estraña
iluminan las tiendas de campaña
de viajeros errantes;
ricos verjeles, dilatadas zonas

que fertiliza pródigo,
de los rios monarca, el Amazonas;
i esa inmensa rejion allá distante
de maravillas nido
i asombro de la historia,
que el Niágara aterrante,
dando ritmo i cadencias al rujido,
celebra como bardo de su gloria...

El Comercio llevando a todas partes
los frutos primorosos de las artes;
la Industria por do quier dominadora,
trasformando los yermos en ciudades,
construyendo talleres donde mora
del trabajo la fuerza redentora;
la Ciencia i sus magníficas verdades
con su escojida pléyade brillante
de sabios, de viajeros,
abriendo aun en la playa mas distante
al espíritu humano derroteros;
no solo aventureros
buscando el oro que la tierra oculta
en vírjenes veneros,
sino el jeólogo audaz que se sepulta
del globo en las entrañas
i con ellas conversa
hasta encontrar la fuerza
que elevó sobre el valle las montañas,
i estudiar en las razas estinguidas
de ya muertas edades,
tan solo por su esfuerzo conocidas,

el secreto de incógnitas verdades.
Por do quiera estendida
una nueva existencia exuberante
que el balsámico efluvio de la vida
renueva a cada instante...

I la vision desapareció.

Jadeante,
doblada sobre el puente la rodilla,
¡¡tierra!! grita Colon. . . i deslumbrante
ve surjir de la Atlántida la orilla!!!

Como el velo magnífico del templo
se rasgó de improviso en aquel día
de memorable ejemplo,
así tambien rompióse el que cubria
los santuarios del mundo americano
do iban a hallar su asilo mas seguro
el perseguido pensamiento humano
i las grandes conquistas del futuro.

De su sombra el enigma se desnuda,
del gran libro los sellos ya están rotos:
cada página muda
será un himno mañana, una armonia
de celeste embeleso
en el concierto alegre del progreso.
Id a escribir en ellas vuestras cifras,
del audaz jenoves los predilectos,
los amigos mejores,
justicieros i rectos
en los dias del triunfo i los dolores,

tú, virtuoso Juan Perez de Marchena
que en entusiasmo por Colón te abrasas,
i tú también, alma de amores llena,
¡oh tierno i melancólico Las Casas!
Que la Iglesia, si os ama,
agregue al de los santos vuestros nombres,
pero a Colón la tierra lo reclama:
que lo deje contarse entre los hombres!

Seguid por esa senda que la vista
de Colón os trazó con sus fulgores,
nobles continuadores
de su obra i sus afanes,
¡oh Balboa i Cabot i Magallanes!
I vosotros también, exploradores
que la espada empuñáis de la conquista,
Cortés, un vasto imperio
que de rico blasona
llévalo como ofrenda al trono iberio,
que lo engarce en su espléndida corona,
Pizarro, el país del oro i la riqueza
subyuga con tu empuje i tu fiereza!

Solo una tribu indómita i bravía,
de su selva en las mudas soledades,
conservará merced a su osadía
el amor a las patrias libertades:
no penseis con las armas dominarla;
siempre con sangre sus victorias sella:
mandad a vuestros bardos a cantarla

i que Ercilla dé a España una epopeya!
Grande i audaz si en los combates lucha
de la guerra implacable
o cuando el himno de la paz escucha
en la lid del trabajo formidable,
ella hoi se asocia, de laurel ceñida,
a las solemnes, justas ovaciones
con que celebran, oh Colon, tu vida
en un concierto inmenso las naciones!

VI

¡Oh Verdad que abatida te presentas,
eres al fin la grande vencedora;
en tus luchas gigantes representas
a la Razon, tú noble enjendradora.
En tu marcha al cruzar por la existencia
hallas en la conciencia
antorchas sorprendentes pero humanas;
i el cerebro del jenio que tú alumbras
i la frente escojida que engalanas,
con tu fulgor deslumbras,
i llenan, de tu amor en el exceso,
la mision bienhechora del progreso!
Colon fué el favorito de tu númen:
por verte triunfadora entre los hombres,
hizo de tus grandezas el resúmen,
te dió todos los nombres:

revelacion, milagro, profecía,
cuanto halaga a la fé o a la esperiencia,
pero él, en su interior, solo creia.
en el poder inmenso de la ciencia!

PEDRO N. PRÉNDEZ

